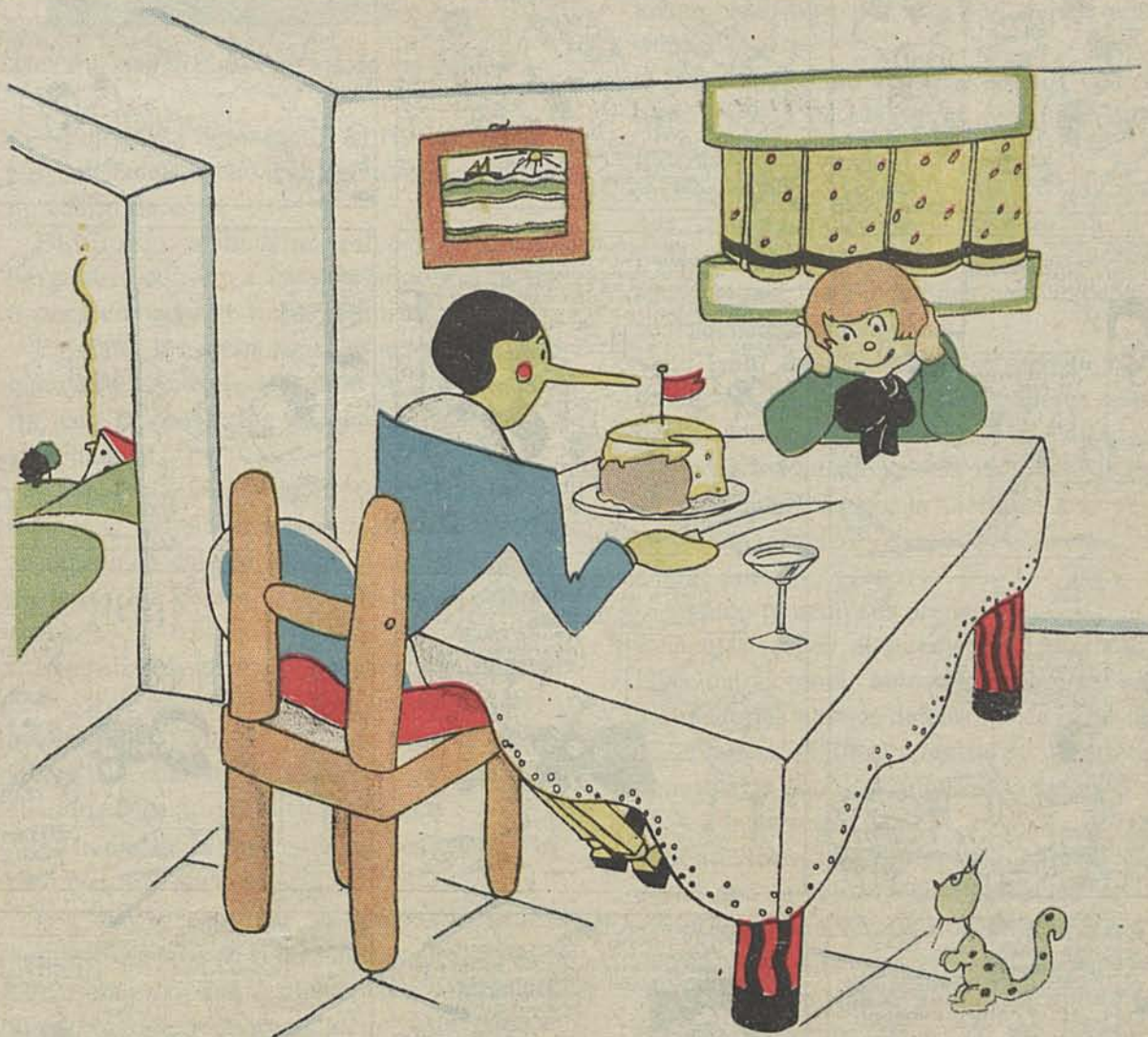


PINOCHO

AÑO VII
NUM. 331

25 cts

21 JUNIO
1931



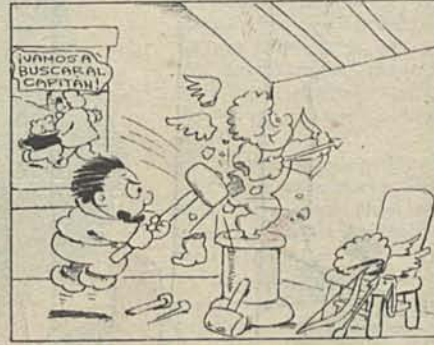
- OYE PINOCHO! ¿NO QUIERES MAS PASTEL, PINOCHO?
- NO!
- BUENO; PUES AHORA PREGÚNTAMELO A MÍ!

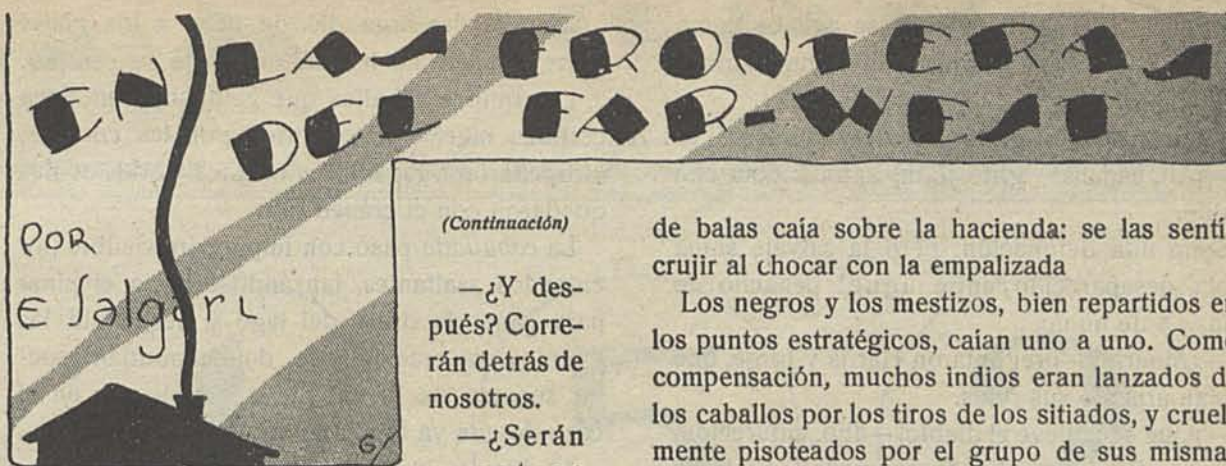
PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5, SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





(Continuación)

—¿Y después? Correrán detrás de nosotros.

—¿Serán nuestros

caballos más débiles que los de los indios?

—No.

—Entonces, descansad. Abrid el fuego a larga distancia, y no contéis conmigo durante un cuarto de hora.

Dicho esto, el *indian-agent* dejó el puente, llevándose consigo a los dos cazadores, media docena de negros y varios mestizos.

En tanto, los *pieles rojas* se acercaban, aunque con precaución, lanzando su grito de guerra, con la convicción de que así asustaban a los sitiados.

La soberbia Jalta guiaba una de las dos columnas, y al lado de *Mano Izquierda* montaba su magnífico caballo blanco, que se destacaba de todos los demás, que eran bayos o negrísimos.

Llevaba desplegado su magnífico manto, como si se tratara de la púrpura de un rey, y avanzaba impávida y con la sonrisa en los labios, sin cuidarse siquiera de bajar la cabeza cuando algún proyectil silbaba cerca.

Al frente de la otra columna marchaba *Caldera Negra* y *Nube Roja*.

Los dos escuadrones se detuvieron a unos quinientos pasos de la hacienda, y en seguida se separaron en opuestas direcciones, cubriéndose bien pronto de humo y de fuego.

Clamores horribles cubrían el desenfrenado galopar de los caballos.

Las descargas cerradas aumentaban de momento en momento. Una verdadera tempestad

de balas caía sobre la hacienda: se las sentía crujir al chocar con la empalizada.

Los negros y los mestizos, bien repartidos en los puntos estratégicos, caían uno a uno. Como compensación, muchos indios eran lanzados de los caballos por los tiros de los sitiados, y cruelmente pisoteados por el grupo de sus mismas tropas.

Entretanto, John, ayudado por los dos cazadores y seis o siete hombres de la hacienda, no perdía el tiempo.

Hizo sacar de las cuadras los treinta caballos que había y los dispuso en dos filas ante la empalizada que miraba al río, uniendo a los quince primeros con fuertes cuerdas para impedir que se dispersaran prontamente.

En tanto que los negros sostenían las dos *caballadas* John y los dos cazadores derribaban a hachazos una parte de la empalizada.

¡Ay de los sitiados si los indios se lanzaran en aquel momento por la abertura!

Afortunadamente, estaban distraídos en el ataque por otras partes.

Cuando terminó sus preparativos, se presentó John otra vez en el puente y se acercó a los hijos del coronel, ante los cuales se habían agrupado los últimos defensores de la hacienda.

—¡Vamos, señores! ¡Dentro de un cuarto de hora estarán aquí los indios! ¡Una última descarga, y a la carrera!

Sonó la descarga, y todos siguieron al *indian-agent*, que no había soltado su hacha.

—Cargad otra vez las armas—dijo a los servidores—, y apenas estemos en la empalizada montad en los caballos de la segunda fila y rodead a vuestros amos. Yo me encargo de guiar a los que están atados.

Iban ya a salir, cuando se oyó un grito:

—¡Fuego! ¡La hacienda arde!

Una nube de humo se alzaba sobre el tejado

de la casa, y en medio de ella se agitaba como un mono una criatura humana con una antorcha en la mano.

—¡Minnehaha!—gritaron los cazadores.

—¡Ah, canalla!—gritó John, apuntándola con el rifle.

Sonó una detonación; pero la salvaje *sioux* había desaparecido entre aquel penacho de llamas y de humo.

—¿Muerta?—preguntaron Harris y Jorge, que habían armado sus rifles.

—¡Que se la lleve el diablo!—dijo, enfurecido, John—. ¡Es digna hija de su madre! ¡Si la he herido, tanto mejor! ¡Camaradas, a la empalizada!

Fuera, al otro lado del foso, se oían cada vez más cercanos los gritos de guerra de los *arrapahoes* y de los *sioux*.

El asalto era inminente.

Los aventureros, los negros y los mestizos se lanzaron contra la empalizada con el ímpetu de una catapulta.

Treinta o cuarenta tablones, ya casi arrancados por los hachazos, vinieron a tierra y formaron un improvisado puente sobre el foso.

—¡A caballo!—gritó en seguida John.

Los indios que se encontraban del lado opuesto, unos cincuenta entre todos, porque los demás corrían en toruo a la hacienda, se quedaron como petrificados al ver caer aquel trozo de empalizada.

Y mayor aún fué su estupor cuando se vieron arrollados por treinta *mustangos*, en quince de los cuales iban montadas las gentes de la hacienda.

Los animales espantados por las llamas, que ya devoraban la finca, y espoleados sin piedad hasta chorrear sangre sus ijares, atravesaron el foso como un relámpago en medio de los gritos de furor de los guerreros indios, que en aquel mismo momento acababan de echar pie a tierra para colocar mejor la leña con que contaban incendiar la cerca.

¡Fuego!—gritó el *indian-agent*, que había vuelto a cargar su rifle.

Aquella descarga dió de lleno a los *pieles rojas*, que aún no habían salido de su estupor.

Los quince caballos que galopaban en línea cerrada, sujetos a los otros por las cuerdas, atropellaron a los indios, muchos de los cuales quedaron con el cráneo roto.

La *caballada* pasó con ímpetu irresistible por entre los asaltantes, lanzándose hacia el pinar para ganar la orilla del lago y desde allí las grandes praderas del este, donde podrían esperar socorro de la caballería americana, en el caso de que ya hubiera entrado en campaña.

La banda de Jalta, que estaba al otro lado, dió un tremendo grito de rabia al ver a los fugitivos, y se lanzó en su seguimiento, esgrimiendo el *tomahawk*.

John, que cabalgaba entre los primeros quince caballos, siempre sujetos por las cuerdas, desvióse con dirección al río para no impedir el paso a los que venían detrás, y les gritó:

—¡Todo el mundo detrás de mí! ¡A la carreral! ¡No perdáis tiempo en hacer fuego!

Como buen conocedor, había escogido un caballo que parecía tener fuego en las venas y alas por patas, y conducía a la caravana con una velocidad espantosa.

Pero si ellos eran buenos jinetes, no dejaban de serlo también los *sioux* y los *arrapahoes*, aquellos terribles guerreros de la pradera alta y baja, que sabían mantenerse sobre los caballos soberbiamente y que no se quedaban atrás.

Lo peor era que no sólo no perdían terreno, sino que mantenían un fuego intensísimo.

Verdad que la mayor parte de los proyectiles no hacían blanco, a causa de la desenfrenada carrera de los caballos y de la poca habilidad de los tiradores, más expertos en el manejo del arco y de la flecha que en el de las armas de fuego; pero, sin embargo, de vez en cuando alguna bala llegaba a su destino.

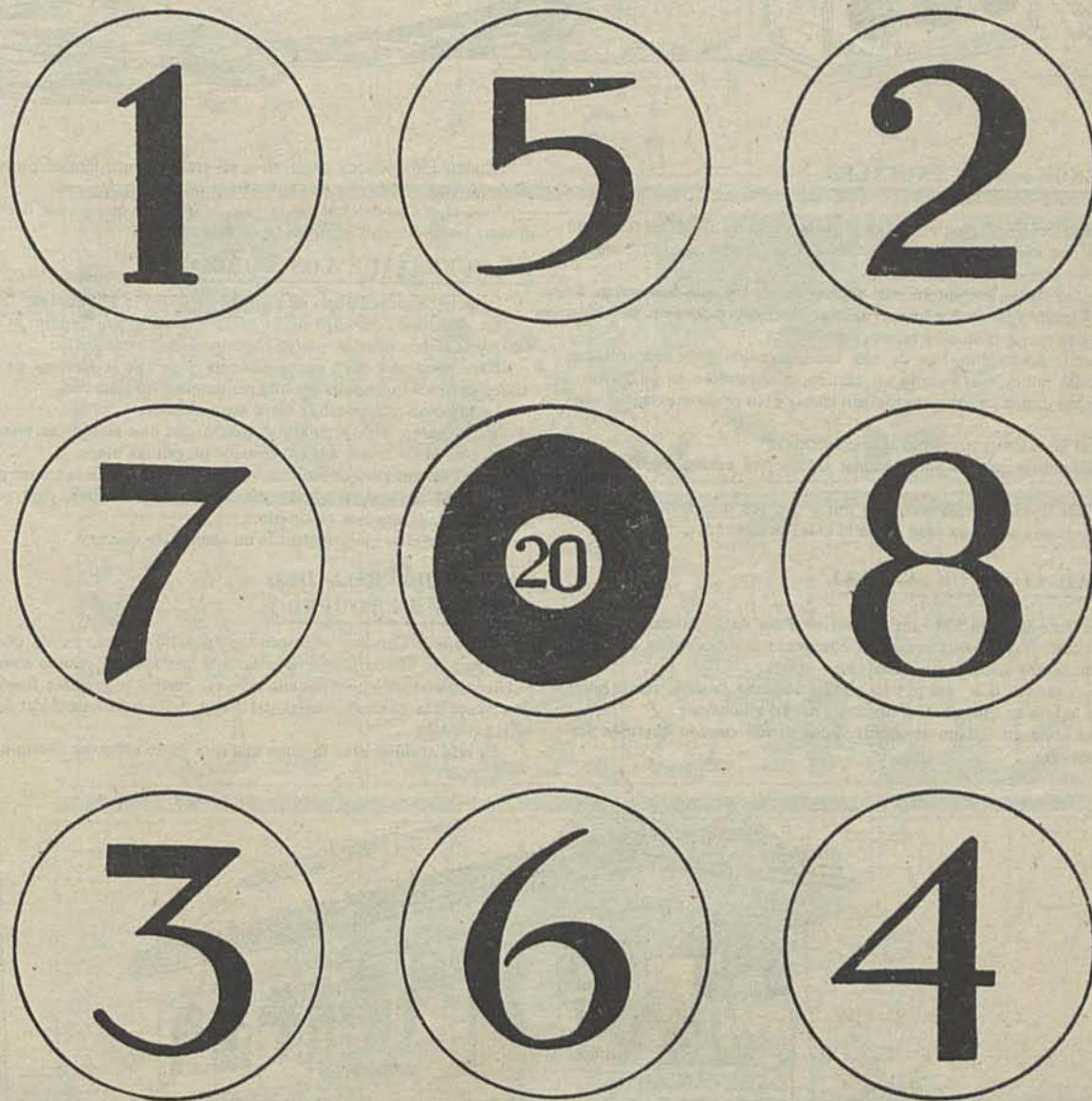
El primero en caer fué un negro, que había recibido una herida en la espalda.

Mano Izquierda, que era el más adelantado de los indios, llegó hasta él, y le arrancó la

(Continuará en el próximo número).



JUEGO DE ORIENTACIÓN



Pueden tomar parte en este juego varios jugadores para lo cual se debe sortear, antes de empezar, el orden de actuación para evitar tonterías...

Lo primero que hay que hacer es sujetar el adjunto cuadro en una pared a una altura aproximada de metro y medio.

El jugador que ha de actuar se coloca de espaldas al cuadro con los ojos vendados y al sonar una palmada debe avanzar tres o cuatro pasos (los que se señalen) y volviéndose entonces marcha provisto de un lápiz o puntero en dirección al cuadro.

Una vez ante este procurará marcar con el lápiz en el interior de uno de los círculos repitiendo el experimento las veces que se haya fijado de antemano.

Las cifras de los círculos tocados se suman y gana el jugador que obtenga mayor número de tantos. Toda señal fuera de los círculos es nula para el tanteo.



SED BUENOS con los ANIMALES

Acaba de celebrarse en Inglaterra un curioso proceso. De él ha resultado condenado a dos años de prisión un herrero culpable del secuestro de un caballo durante seis años.

Un día este caballo, encontrándose arando se conoce que fué víctima de un dolor muy fuerte y empezó a cocear. Una de las coces alcanzó a su dueño y le produjo una fuerte contusión en un costado.

Y el dueño, dando muestras de una incomprensión y de una crueldad refinada decidió infligir al caballo un castigo, encerrándolo en un oscuro y reducido establo donde permaneció casi sin comer y sin poder moverse durante seis años.

Un vecino se enteró y denunció al secuestrador.

Cuando la policía puso al pobre animal en libertad estaba ciego, sordo y esquelético.

Y como las leyes inglesas son muy duras con los que maltratan a los animales han dejado sentir su peso sobre el cruel secuestrador.

TRABAJAR COMO UN ANIMAL

¿Por qué tiene justificación esta expresión? Para darse cuenta de ello el Museo de Historia Natural de Londres ha observado las incesantes evoluciones de un pez dentro de un vasto acuario.

Se ha comprobado que este pez ha estado nadando durante veinte horas consecutivas habiendo cubierto una distancia de 300 kilómetros.

Los peces están en trabajo constante, pues ni aún cuando duermen permanecen inmóviles.

También los pájaros desarrollan un trabajo considerable pues durante el verano no cesan de volar en unas quince horas.

Pero el record del trabajo lo bate la hormiga que puede decirse que no duerme jamás durante el curso de su existencia.

LA FUERZA DE LOS GORILAS

La potente musculatura de algunos animales es asombrosa.

En el Jardín Zoológico de Londres hay un gorila hembra al que llaman «Daisy la endemoniada», por su aspecto verdaderamente feo.

Hace poco se colocó en su estancia para que le sirviera de asiento un tronco de árbol que medía sesenta centímetros de diámetro.

Lo tuvieron que arrastrar entre dos hombres.

Sin embargo, Daisy, cogió el tronco con una mano y se puso a hacerlo rodar como si se tratase del aro con que juegan las niñas.

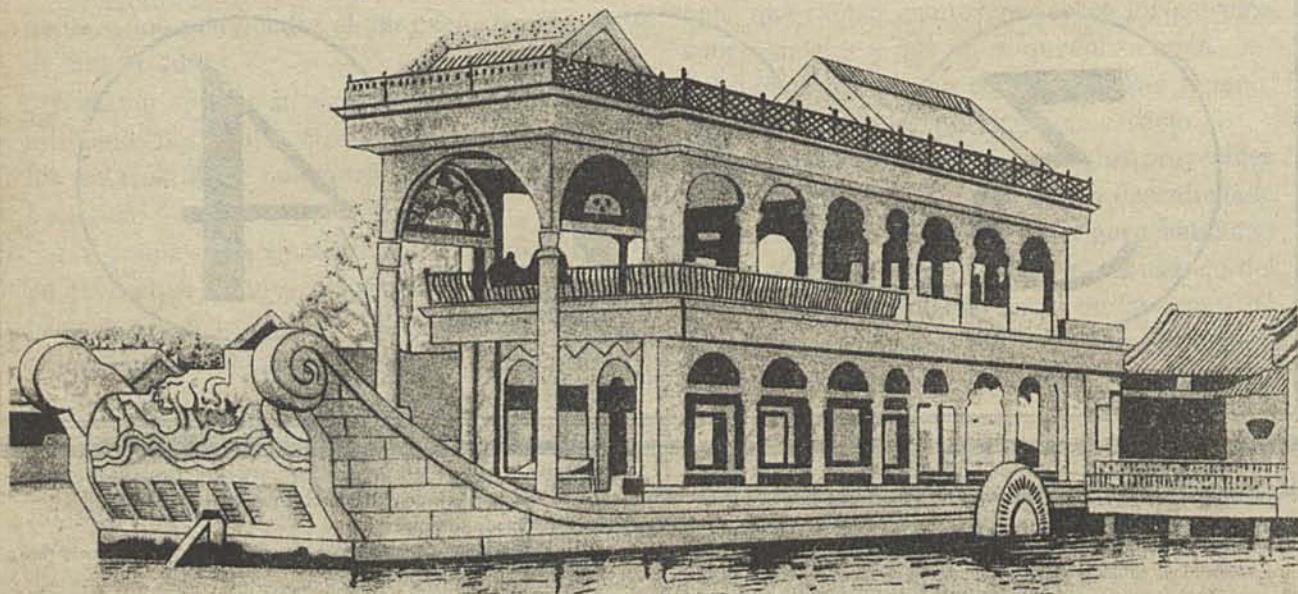
Como se temiera que pudiese herirse se substituyó este tronco por otro que tuvieron que transportarlo entre cinco hombres, y Daisy, jugó con él con la misma facilidad que con el anterior.

Al fin tuvieron que construirle un asiento de cemento.

::: LA TRAVESIA DEL SAHARA EN TORPEDO

El teniente Kerviller de origen bretón salió de Orán en un pequeño automóvil torpedo de 10 HP ya usado durante tres años y llevando a remolque una pequeña plataforma conteniendo viveres, aceites y gasolina llegó al cabo de tres meses a la desembocadura del Níger, habiendo cruzado el Sahara en su total extensión.

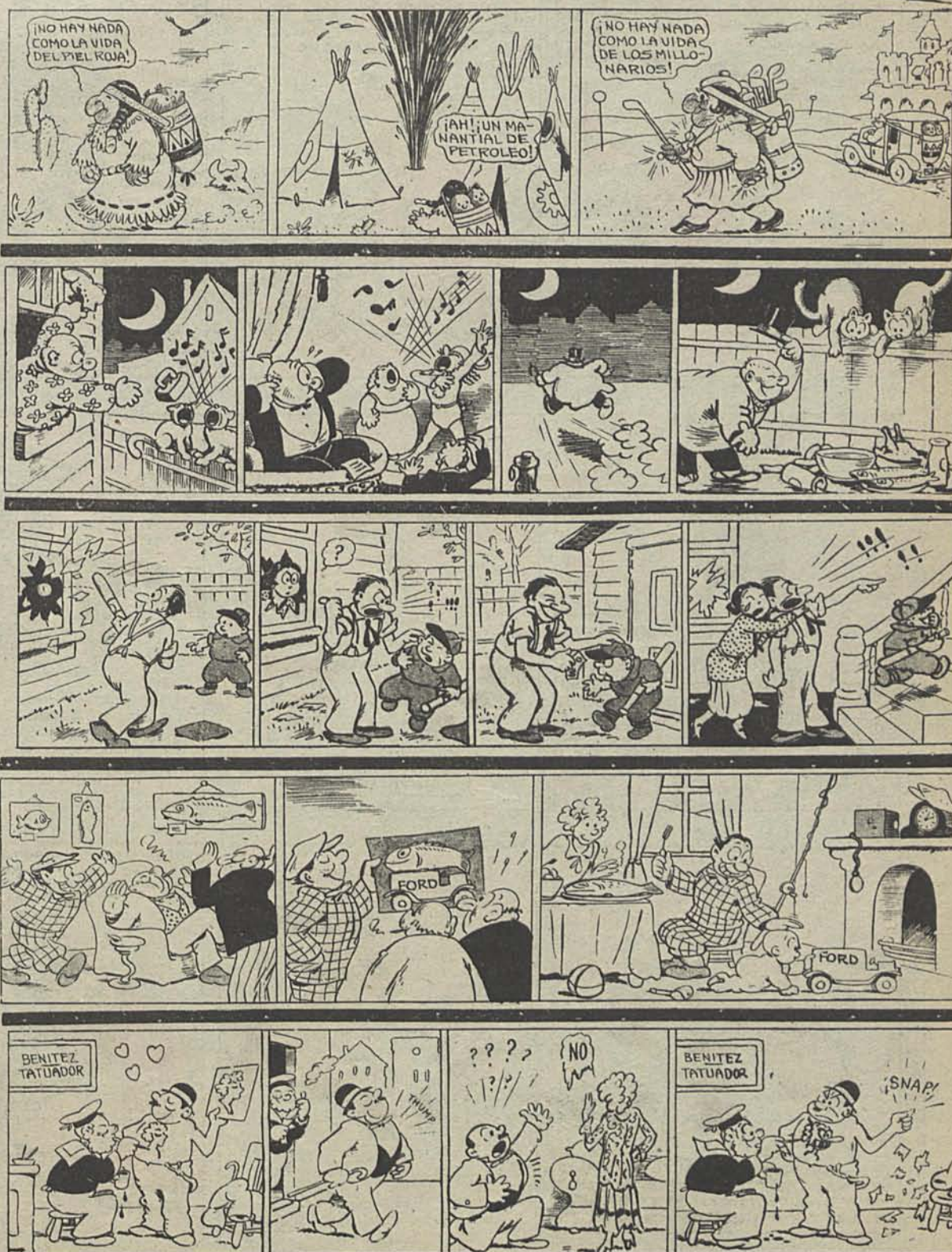
Su raid abrió al gran turismo una ruta hasta entonces desconocida.



He aquí el soberbio barco de mármol de la antigua familia imperial china

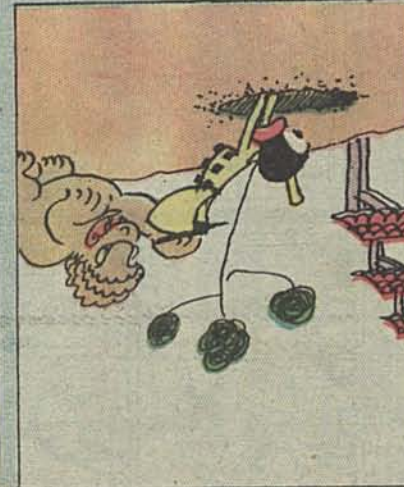


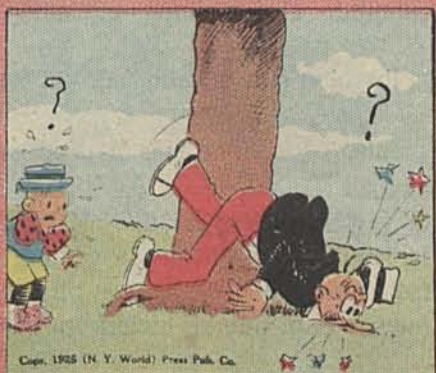
GRAN CINE TINUTONESCO





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





CUENTOS DE CALLEJA

MERIENDA SABROSA

Castillo



UN lobo de buena familia, tanto que llevaba un reloj colgado del rabo, se levantó una mañana muy alegre, porque las pulgas no le habían molestado aquella noche y el tiempo estaba verdaderamente primaveral.

—Esto es de buen agüero—dijo rascándose precipitadamente la barriga—. Hoy va a ser un gran día; habrá carnecita fresca para este cuerpo saleroso.

Su regocijo fué tal, que comenzó a bailar un vals boston con acompañamiento de dientes.

Después de cepillarse muy bien la americana, se afiló los colmillos, se purgó para tener más apetito, y se puso en camino lleno de alegría.

No bien hubo andado unos cien pasos, se encontró a la hija del panadero, quien al ver al lobo huyó, dejándose la cesta llena de pan caliente; pero el lobo olió el pan, y exclamó:

—No es esto lo que mi instinto me ha prometido. Estoy seguro de tener una buena presa.

Más lejos se encontró un magnífico pedazo de tocino, cuyo aroma le hizo venir el agua a la boca; más lo consideró muy poca cosa para su apetito, y lo despreció como el pan.

En dirección contraria a la del lobo venía una zorra, que acababa de comprar en la feria, por treinta céntimos y un pedazo de jopo, un soberbio caldero de reluciente cobre; y como la compra era muy buena, iba muy contenta cantando por el camino esta canción, con su correspondiente acompañamiento de calderazos:

He engañado a un calderero
y el ser zorra me valió,

y he cobrado un buen caldero
con poquísimo dinero
y el jopo que me cortó.

De pronto vió al lobo, y no sabiendo cómo escapar, se esconde debajo del caldero.

Llega el lobo, y viendo el artefacto boca abajo, lo suena, y al observar que estaba vacío, le da un puntapié diciendo:

—Tampoco es esto lo que yo estoy esperando.

Pero el puntapié fué tan formidable, que el caldero se vuelca, y la zorra, viéndose descubierta, sale huyendo como una exhalación, llevándose a la cola la enorme caldera, que armaba un estrépito de todos los diablos.

—¿Para qué quieres ese caldero? —preguntó el lobo a la raposa.

Y ésta, sin dejar de correr, respondió:

—Para el arroz, para el arroz.

Más adelante dióle en la nariz el tufillo de carne fresca; y el lobo vió en el inmediato prado una magnífica yegua que pastaba en unión de su

hijo, hermoso potro de seis meses.

—Aquí está cumplido el vaticinio —exclamó la fiera.

Y restregándose los ojos con el rabo, miró el reloj y dijo:

—Las diez y media. ¡Qué hora más a propósito para un buen almuerzo!

Se acercó a la yegua, y después de saludarla y preguntarla por la familia, le rogó que le cediera su hijo para embutírselo entre pecho y espalda, ofreciéndole dejarle los huesos para que se hiciera un guardapelo.

La yegua manifestó no tener inconveniente en





acceder a lo solicitado; pero era muy justo que ya que ella se prestaba a servirle de fonda, hiciera él el oficio de veterinario.

—Yo sé—añadió la yegua—que es usted una especialidad en cirugía mayor y menor, y en veinte leguas a la redonda no se habla sino de la habilidad con que maneja usted las herramientas. ¿Quiere usted arrancarme un clavo que no me deja andar hace tres días?

El lobo se prestó galantemente a realizar la operación, y cogiendo una de las patas de la yegua, comenzó a examinarla con gran atención; pero en aquel instante una coz le saltó tres muelas y lo dejó atontado media hora.

Cuando volvió en sí, la yegua y el potro habían desaparecido.

Acercóse a una fuente, se enjuagó la boca, escupió las muelas rotas, y dijo para su pellejo con aire contristado:

—¡Quién me mandará a mí meterme a veterinario!

Pero no escarmentó por eso.

Seguro el lobo de que su buen agüero tarde o temprano tenía que realizarse en todas sus partes, prosiguió su marcha con el oído atento y la vista muy avisada.

Porque es lo que decía:

—Porque una cosa me haya resultado mal, no me van a resultar todas lo mismo. Al primer animal de cuatro patas que vea, me lo zampo.

Pero no fué precisamente animal lo que vió, sino un gran trozo de carne tirado sobre la hierba.

—Esta es la mía—se dijo—; aquí no hay yeguas que se metan a dentistas.

Y corrió presuroso a morder la carne. Pero apenas le echó el diente cuando se sintió preso por un aro de hierro que le oprimía el rabo. ¡Había caído en un cepo! Comenzó el lobo a tirar con todas sus fuerzas, y a fuerza de sacudidas logró quedar

libre, no sin dejar en el cepo una gran parte de su rabo.

—¡Mala suerte!—pensó mientras se lamía la parte dolorida—. Con otro encuentro como éste, me divierto.

Pero, firme en sus trece de que aquel día había de disfrutar de un gran banquete, siguió su camino con unas muelas menos y algunas esperanzas más. Junto a un arroyo divisó a una cerda que en unión de varios cerditos se revolcaba en el fango de la orilla. Al lobo se le alargaron los dientes al ver aquellos tiernos animalitos, y acercándose a la madre, la preguntó:

—Señora cerda, y usted perdone, ¿quiere usted cederme uno de esos cochinitos?

—A tiempo llega usted, caballero—repuso la cerda, —porque estoy tan harta de ellos, que estoy deseando que los hagan salchichón; pero permítame que los ponga presentables, porque están llenos de lodo y va usted a tener que tragarse después un peón de albañil que le limpie los intestinos.

—Aquí no hay trampa—se dijo el lobo un poco escamado.

Y esperó tranquilamente mientras la cerda metía a sus hijos en el agua como si los estuviera lavando.

De pronto se vuelve sobre el lobo, y dándole un mordisco en el pescuezo, lo tira al río medio ahogado.

La corriente era tan fuerte que el animal cayó en el cubo de un molino, y entrando en un cangilón, fué a caer entre los molineros, que le molieron a garrotazos.

Y mientras escapaba con el traje roto y el rabo desollado, decía el infeliz:

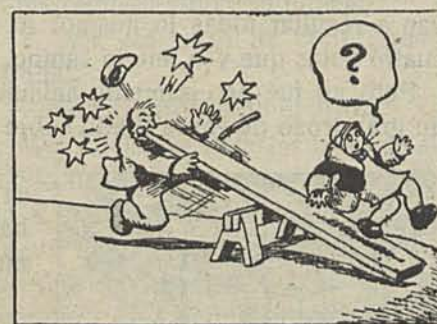
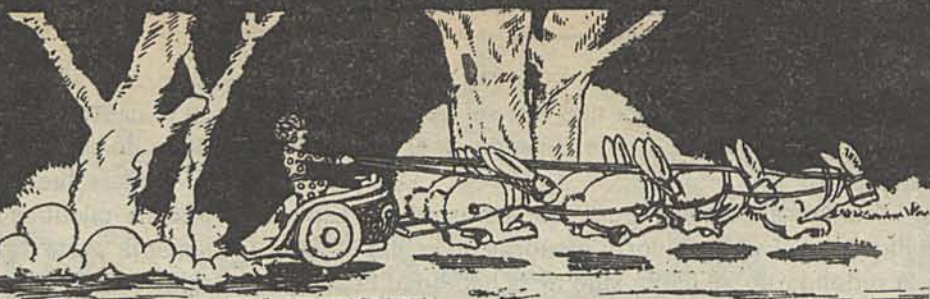
—Como otro día vuelva a tener presentimientos semejantes, ni con ganchos me sacan de mi casa. De esta vez, escarmiento para siempre.

Los agüeros son invenciones ridículas que sólo sirven para extraviar la imaginación, y el que crea en ellos, tenga presente lo que le ocurrió al lobo por hacer caso de sus ridículas imaginaciones.

FIN



ANITA BUEN- CORAZON



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

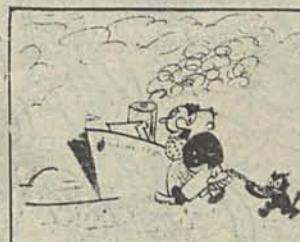
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Guerrero
Octavio Dalmau



Núñez de Balboa
José Rivas López



De viaje a Manila, Teresa Arlegui



Mi hermano, el menor
Roberto Serra



Mi caballo.—R. Ayllón



Mi bicicleta
Manuel Fuentes



D. Turu conferenciando
Guillermo Virallé



Yo y mi hermanita
Evangeline Mulet



Iglesia
Alicia Marín



Mi casa de campo
Estér Sales



Una morena y una rubia
Alicia Marín



Un paisaje.—J. Cortés



Casa de campo
Angeles M. Caro



Una casa de campo
Pedro Rico



Marina.—Roncal M.



Retrato
Ricardo C.



Mi portero
M. Sesma



Un compromiso
Felipe de Pedro



Colorín
Rosa Calvo



En el fondo del mar
Juanito de la Serna



El camión de Don Turu
Arturo Holguín



El terror de Tin y Tón
Antonio Núñez



Una cabeza
Josefina Llerandi



Don Serapio
M. Sesma



Un poeta
Pepita Ballester



Un cazador
Felipe de Pedro



Roeneues
Estér Avezuela



Mi primo el bombero
Amparo S. Miguel



Pez
Jaime Rolg



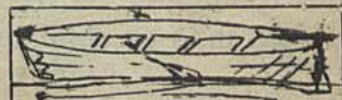
Un bólide.—José Manuel Gil



Curriñcho
M. J. Ballester



Mi tío Paco
M. Sesma



Mi barca.—Augusto Rlita

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LOS TRES ELEFANTES



Por un bosque del sur de África iban tres elefantes...

Caminaban muy de prisa porque acababan de escaparse de sus domicilios y temían ser perseguidos...

Desgraciadamente aunque mucho corrian, más veloces que ellos caminaban sus perseguidores y los tres fugitivos en cuestión, ante el peligro de ser detenidos, optaron por esconderse en lo más hondo de aquel tenebroso bosque.

¿Podéis decir vosotros dónde están los tres elefantes en cuestión.

ESCENA DE CIRCO

Voy a presentaros una escena de circo que hace tres o cuatro años yo contemplé en Bolonia.

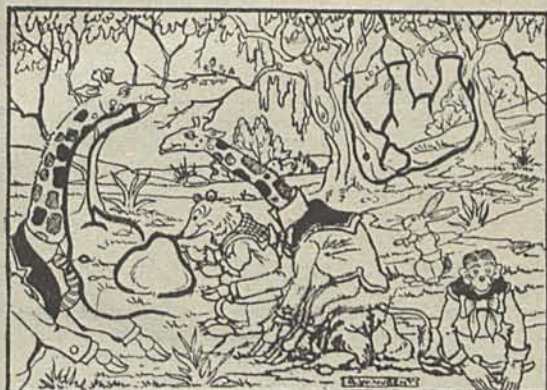
A mi me divirtió extraordinariamente aquella escena y por esa causa os la presento para que os divirtáis con ella lo mismo que yo me divertí.

Pero tenéis que unir los números con líneas comenzando en el número 1, siguiendo el orden correspondiente.



SOLUCIONES DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE ENERO

LOS DOS ELEFANTES



EL VENDAVAL



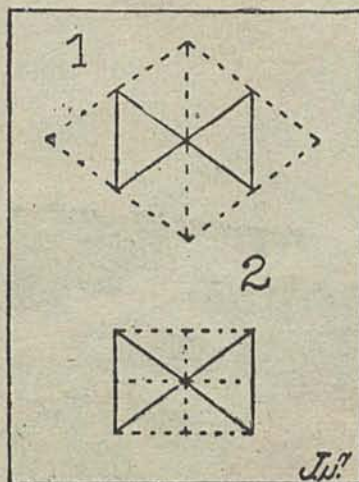
LOS CINCO OSOS



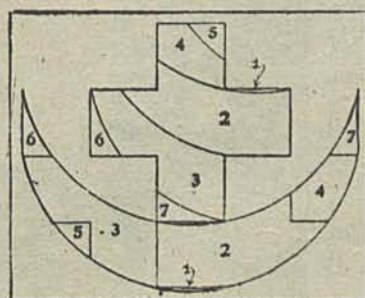
LA TORTUGA y el ELEFANTE



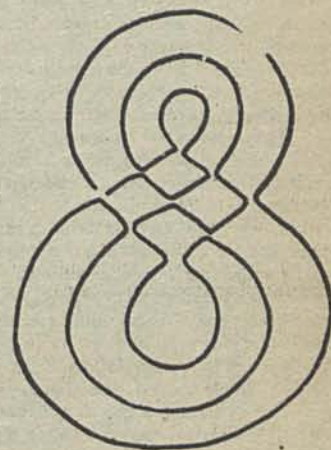
LOS OCHO TRIÁNGULOS



LA CRUZ



EL DIBUJO EXTRAÑO





SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA

LA PRINCESITA CORALINA

El emperador del mar, S. M. Coralón tenía una hija llamada Coralina.

La princesita Coralina se divertía mucho jugando al corro con los pececillos de

colores, viendo las estrellas sin necesidad para ello de hacerse daño (claro que eran las estrellas de mar) o tejiendo con algas encajes de bolillos.

Sin embargo, estaba triste; y es que su augusto padre quería que se casara y no la agradaba ninguno de sus pretendientes, a pesar de que eran numerosos porque era princesa y porque era bella.

El príncipe de los Tiburones le parecía cruel; el de los Lenguados, era un mala lengua; el de los Calamares un pedante que utilizaba su propia tinta para hacer versos cursilísimos; el de los Bacalaos a fuerza de oírse llamar salado, se había vuelto de una pretensión insostenible.

Había estado a punto de conceder su mano al hijo de la duquesa Ballena; pero la futura suegra le resultó tan pesada que también tuvo que abandonar este proyecto.

Y Coralina, desolada, comentaba su mala suerte con su señora de compañía que era una anciana y respetable tortuga de mar, un poco dura de aspecto, pero en el fondo muy buena persona, y que la quería mucho.

Coralina la apreciaba también, pero se impacientaba con ella porque cuando iban a pasear tenía que andar despacio para no distanciarse demasiado de su «carabina».

Un día, la tortuga se presentó ante la princesa, agitada, llena de emoción:

—Me ha sucedido una aventura tremenda—refirió la buena señora—; estaba yo tan tranquila a pocos kilómetros de altura de aquí, cuando de pronto me siento levantada en vilo; ¡había sido apresada en la red de un pescador!

—¡Qué horror!—exclamó Coralina.

—Por fortuna, este pescador tiene un corazón tan bueno como hermosa es su cara y un alma tan noble cuan gallarda es su prestancia; y tanto le he llorado y suplicado que me deje vivir que... me ha arrojado nuevamente al mar.

—¡Oh! qué hombre tan bueno—exclamó Coralina. Y añadió pensativa—: Mi pretendiente el príncipe de los Tiburones no hubiese hecho otro tanto con él si llega a cogerle una pierna entre sus dientes.

—Claro—dijo entonces la buena tortuga—que tampoco son muchos los hombres capaces de tanta bondad; por lo general, hija mía, cuando apresan a algún habitante del imperio de tu augusto padre, no lo sueltan así como así. Y precisamente la generosa acción de ese joven pescador me ha hecho pensar que sería un excelente marido para ti.

—Pero él no querrá bajar aquí ni vivir en el fondo del mar.

—Yo encontraré el medio de traerlo y en cuanto te vea se enamorará de ti y no deseará más que casarse contigo para permanecer siempre a tu lado.

Siguiendo los consejos de la dueña, Coralina pidió a su padre que desencadenase una fuerte tempestad.

El emperador, como padre bien educado que era, se apresuró a obedecer a su hija y secundado por sus auxiliares los Vientos y el Trueno, agitó, con su terrible tridente las olas del mar, de un modo formidable.

Entonces la tortuga salió a flote y vió al pescador que luchaba denodadamente, en su lancha, contra el temporal.

—Soy la tortuga a quien perdonaste la vida,—le dijo—y quiero salvarte a mi vez. Móntate sobre mí y te conduciré a un lugar seguro.

El pescador se apresuró a montar sobre el caparazón de la tortuga que se sumergió en el mar sin que él sintiese molestia alguna. Así llegaron al palacio imperial que se hallaba situado en medio de un frondoso bosque de árboles de coral. Las paredes eran de nácar brillante y sonrosado, con adornos de concha. La puerta se abrió y la princesa salió al encuentro de

su futuro esposo. Coralina llevaba un vestido hecho con algas marinas y bordado con caracolillos; un collar de perlas más gordas que nueces rodeaba su cuello y una diadema de coral rosa cubría sus rubios cabellos. Ofreció la mano al pescador y le condujo ante su padre, el emperador, que estaba sentado en su trono de concha, con su tridente en la mano.

Después de la presentación, la princesa ofreció a su huésped una comida suculenta compuesta, entre otros muchos manjares, de ostras, pescado variado—fresquísimo por supuesto—biftec de pulpo con quisquillas fritas, cangrejos en dulce, frutas marinas, etc., etc.

Ni que decir tiene que el pescador soñó con aquella bella princesa cuyas mejillas eran más delicadamente sonrosadas que el nácar de su palacio; y que tenía manos más blancas que las perlas de su collar y ojos verdes más profundos que el fondo del océano.

Y al día siguiente, ya locamente enamorado pidió la mano de Coralina que le fué concedida sin dificultad.

La buena tortuga estaba loca de alegría; la princesa también estaba satisfechísima con su prometido; y al emperador tampoco le disgustaba su futuro yerno. Convino fijar para muy en breve la fecha del enlace matrimonial.

Sin duda pensaréis que aquí termina el cuento con la boda de sus dos protagonistas. Pero ¡ay! no es así.

Todavía faltaban unos días para que Coralina y su pescador se casaran, cuando ocurrió... lo que os contaré el domingo próximo.

